

UN PROYECTO CASTELLANO PARA LA PACIFICACION DE CHILE

M^a LUISA MARTINEZ DE SALINAS ALONSO
Universidad de Valladolid

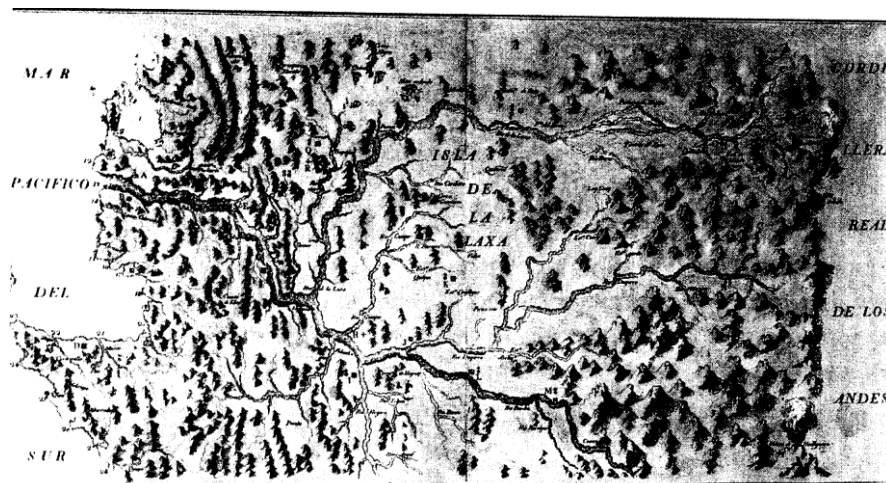
De entre todos los episodios bélicos que tuvieron lugar en las Indias a lo largo del siglo XVI, sin duda alguna la guerra del Arauco fue uno de los que revistieron mayor gravedad, como es bien sabido. Los españoles encontraron un serio opositor en los araucanos, que, desde 1553, resistieron tenazmente los periódicos intentos de aquellos para someter el territorio al sur del Biobío.

Como venía siendo tradicional desde el principio del asentamiento español en América, la defensa del Reino de Chile —al igual que la del resto de los territorios— recaía directamente sobre los vecinos de la zona y más concretamente sobre los encomenderos, que tenían la obligación de acudir personalmente con sus armas y pertrechos siempre que surgiera la necesidad de hacerlo. Así, cada cierto tiempo, se formaba un ejército vecinal dirigido por un jefe nombrado por el gobernador. Esta tropa, casi de una forma rutinaria, solía iniciar en primavera sus actividades y hacía frente a la hostilidad indígena hasta el otoño, cuando los dos bandos se retiraban a sus posiciones iniciales hasta el año siguiente¹.

Junto al ejército de encomenderos, también luchaban en Chile algunos soldados enviados desde el Perú, cuyo sueldo corría a cargo de la Corona. Sin embargo, la eficacia de estos hombres en el campo de batalla dejaba mucho que desear, fundamentalmente porque siempre tuvieron problemas para obtener regularmente su remuneración y porque nunca estuvieron organizados de una manera adecuada a las características del territorio, a la tenaz oposición de los indígenas y al ritmo de la guerra². No vamos a entrar en el análisis de la Guerra del Arauco porque no es el tema de

¹ VILLALOBOS, Sergio: *Historia de Chile*. Santiago, 1974. T. I. Pág. 107.

² VARGAS CARIOLA, Juan E.: *Los Austrias y el ejército de Chile* «Revista Chilena de Historia del Derecho» (Santiago) N.º 9 (1963) Págs. 355-370.



Mapa de la frontera araucana en el reino de Chile, en el que se reflejan las villas, misiones y fuertes establecidos por los españoles.

esta comunicación y de ello se han ocupado muchos especialistas. Únicamente tratamos de indicar que la prolongación del conflicto se debió en gran parte a la inexistencia de una mínima organización militar y una preparación para la lucha, lo cual se fue convirtiendo en una grave preocupación para las autoridades de la zona, ya que la guerra condicionaba en gran medida el desarrollo del territorio chileno e impedía su normal evolución social y económica.

Las graves consecuencias de la ineficacia militar, llevaron a los gobernadores a solicitar en numerosas ocasiones el envío de soldados expertos desde la península o desde el Perú. De esta forma, consideraban que se liberaría a los encomenderos de las funciones castrenses que tenían atribuidas, que, lógicamente, iban en desmedro del desarrollo chileno, y, además, se conseguiría finalizar la guerra al aplicarse unos métodos militares más especializados. Incluso, había quien, como el oficial Miguel de Olavarría, era partidario de adoptar sistemas menos violentos para dar fin al conflicto, como los pactos con los indígenas y la búsqueda de entendimientos pacíficos que concluirían, según su creencia, con tan prolongada guerra. Pe-

³ Las diferentes etapas de la evolución de la Guerra del Arauco y su decisiva influencia en el desarrollo de Chile, han sido analizadas en la obra de ENCINA Francisco A.: *Historia de Chile*, Santiago, 1947, T. II. Págs. 184 y ss.

⁴ MEDINA, José Toribio: *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile*. Segunda serie. T. IV, Pág. 390. Informe de D. Miguel de Olavarría sobre reino de Chile, sus indios y sus guerras. 1594.

ro, la Corona no entendió nunca la auténtica gravedad del problema del Arauco y siempre consideró que, aunque la contienda se estuviera alargando más de lo acostumbrado, en breve tiempo habría finalizado con la intervención de las huestes de particulares y, lo que es más importante, sin resultar una pesada carga para la Real Hacienda.

Si bien el equilibrio de fuerzas se había mantenido a lo largo de la segunda mitad del siglo, la situación se tornó mucho más grave a partir de 1598. Ese año tuvo lugar la gran sublevación araucana, cuyo detonante fue la matanza de los integrantes de la expedición del gobernador Oñez de Loyola, incluido el propio gobernador, a manos de los indígenas. Desde ese momento, los naturales iniciaron una tremenda ofensiva ante la cual los españoles se encontraron impotentes para reaccionar y se vieron obligados a abandonar posiciones que les había costado serios esfuerzos conseguir⁵. En unos meses desapareció el fruto de muchos años de conquista y renació el espíritu guerrero en ambos bandos. Pero lo que realmente puso en evidencia la sublevación de 1589 fue la inoperancia del sistema militar español empleado en Chile y la incapacidad de las huestes de los encomenderos para dominar el territorio en su totalidad⁶.

Se hizo preciso, entonces, enviar rápidamente auxilios a Chile, y sobre todo, aunque la Corona siempre había vigilado atentamente los nombramientos de los gobernadores de aquel territorio, se puso especial énfasis en designar un gobernador con específicas cualidades castrenses. Finalmente, y después de varias consultas⁷, se nombró para gobernador de Chile al capitán Alonso de Ribera, que había luchado en Flandes, en la Armada Invencible y en las Guerras de Religión en Francia.

Al mismo tiempo, se organizó rápidamente el envío de gente y comenzó la selección de los capitanes a cuyo mando irían los soldados enviados desde la península. Uno de los propuestos en esta ocasión fue el personaje que nos interesa, Bernardo de Vargas Machuca, quien era natural de Simancas y tenía una visión muy particular sobre la forma de terminar con la guerra de Chile. En 1599 se encontraba en España después de mu-

⁵ EYZAGUIRRE, Jaime: *Historia de Chile*. Santiago, 1965. Pág. 96.

⁶ JARA, Alvaro: *Ocupación de la tierra, poblamiento y frontera*. En *Tierras nuevas, expansión territorial y ocupación del suelo en América (S. XVI-XIX)*. México, 1969. Págs. 1-11.

⁷ HEREDIA, Antonia: *Catálogo de Consultas del Consejo de Indias*. Madrid, 1972. Tomo II. Consultas 3.953, 3.974 y 4.007.

⁸ TORRES MARIN, Manuel: *El ejército real de Chile*. «Revista de Historia Militar» (Madrid) N.º 53 (1982). Págs. 15-29.

⁹ MEDINA, José Toribio: [4] T, V, Pág. 132. Parecer del Consejo de Indias sobre el socorro y situar pagas a los soldados de Chile.

chos años de permanencia en las Indias, concretamente en el territorio de Nueva Granada, donde había llegado a dirigir una serie de campañas pacificadoras contra los hostiles indios de las márgenes del Magdalena¹⁰. Era un hombre, por tanto, con una profunda experiencia de los campos de batalla americanos, y esa experiencia fue la que le impulsó a presentar al Consejo de Indias su particular punto de vista acerca del problema araucano y sobre todo el remedio más adecuado para terminar con él. Y ese es el objetivo del extenso memorial que escribió en agosto de 1599, en el que se recogen todas sus ideas sobre el particular¹¹.

Aparte de la labor que, como conquistador primero y como burócrata después, desarrolló Vargas Machuca en las Indias durante la segunda mitad del siglo XVI y los primeros años del XVII, una de sus facetas más conocida e importante es la de autor de un tratado de milicia, que constituye una de las obras más interesantes que se han escrito sobre la milicia americana¹², y que fue redactado poco antes que el Discurso que nos ocupa. Por ello, no puede extrañarnos que cuando surgió el conflicto de Chile, inmediatamente expusiera a la Corona su visión del problema y se ofreciera para tratar de solucionarlo, con la garantía que le daba su conocimiento de la situación militar en aquel territorio y su experiencia en diferentes campañas americanas. De estas dos afirmaciones, la segunda —la experiencia en diferentes campos de batalla— es fácilmente comprobable y él mismo nos habla de ella en sus obras, mientras que, con respecto a la primera, se nos plantea la duda de cómo pudo obtener información tan veraz sobre los indios de Chile, sus hábitos y su forma de organizar la guerra. La respuesta seguramente está en que conoció de forma directa, aunque no podamos apoyarlo documentalmente, el territorio chileno, puesto que los primeros años de estancia de Vargas Machuca en Indias, residió en el virreinato del Perú¹³. Allí se recibían continuas noticias sobre situación de la guerra del Arauco e incluso es posible que ya en esa época estuviera integrado en la milicia y participara en el traslado de tropas a Chile.

Como quiera que sea, el hecho cierto es que Bernardo de Vargas Ma-

¹⁰ La biografía de este personaje ha sido analizada en nuestro trabajo *La trayectoria indiana del Capitán Bernardo de Vargas Machuca*, de próxima publicación.

¹¹ MEDINA, José Toribio: [4] T.V. Pág. 119. Carta de D. Bernardo de Vargas Machuca a S. M. y discurso sobre la pacificación y allanamiento de los indios de Chile.

¹² VARGAS MACHUCA, Bernardo de: *Milicia y Descripción de las Indias* Madrid, 1599. Fue publicado con posterioridad en la Colección de Libros Raros y Curiosos que tratan de América. Vols. VIII y IX. Madrid, 1882, que es al que haremos referencia en adelante para facilitar la localización.

¹³ A. G. Indias. Patronato, leg. 164, ramo 1. Probanza de méritos y servicios de Bernardo de Vargas Machuca. 1586.

chuca se nos manifiesta como un gran conocedor de la realidad chilena, y en este conocimiento basa su seguridad de poder concluir con la guerra de Chile en un plazo máximo de cuatro años, con la única condición de que se le diera el mando de los 400 infantes que serían necesarios para ello.

Tras determinar geográficamente la situación del reino de Chile y localizar dentro de él la zona de guerra, nos describe las armas utilizadas por los araucanos: lanzas, macanas, flechas y, sobre todo, el uso de un sistema muy efectivo y que ha sido destacado por los historiadores como arma fundamental de los indios en esta guerra¹⁴, los «hoyos con estacones solapados» que empleaban frecuentemente. Al mismo tiempo, Vargas Machuca nos habla de la forma de pelear de los araucanos, quienes al principio de la guerra presentaban batalla en campo abierto, de acuerdo con los españoles. Pero, según avanzó el conflicto y los indígenas fueron adquiriendo experiencia en la guerra, cambiaron la táctica de combate y adoptaron el sistema de ataques repentinos e imprevistos y la organización de emboscadas, ante las que los castellanos se encontraban indefensos. En definitiva, ésto fue la causa de la prolongación de la guerra, ya que los indios demostraron unas aptitudes en este sentido que sorprendieron a los españoles.

Contra el sistema descrito y el armamento indígena, las milicias españolas enviadas desde el Perú, utilizaban lo que Vargas Machuca llama «armas tardías», refiriéndose seguramente a que era un armamento poco operativo y que requería tiempo para su perfecta utilización: se basaba fundamentalmente en la caballería, y las armas corrientemente empleadas eran la lanza y la adarga junto a arcabuces y chimales «que son unas adargas pequeñas que sirven a los arcabuceros en lugar de rodela y sus espadas anchicortas». Con estos medios, las tropas españolas salían cada cierto tiempo de las ciudades fronterizas —La Imperial, La Concepción, Angol y Chilláne intentaban atacar las posiciones indias. Pero la efectividad de dichas acometidas no fue nunca mucha, según Vargas Machuca, por la utilización de la caballería. Primero por el ruido que hacían los caballos, que lógicamente imposibilitaba la sorpresa en el ataque y, en segundo lugar, porque el terreno en el que se movían no propiciaba el fácil desenvolvimiento de los caballos, de forma que, en la retirada, los animales suponían más un obstáculo que una ayuda, y esta situación era aprovechada por los indígenas para tender sus emboscadas y contraatacar a los españoles.

Una vez que se ha realizado un planteamiento general de la forma en la que se había desarrollado la guerra hasta ese momento, el discurso

¹⁴ EYZAGUIRRE, Jaime: [5]. Pág. 88.

de Vargas Machuca cambia de orientación y pasa a hacer una crítica de todos los sistemas que se habían propuesto para conseguir la pacificación. Así, frente a quienes opinaban que el remedio más eficaz era poner en práctica rigurosos castigos, —«empalando a unos, cortando las manos y narices a otros y a otros sacándoles los ojos»— Vargas Machuca consideraba que con este método lo único que se obtendría sería reforzar la agresividad de los indios y obligarles a la venganza, de forma que se alcanzaría el efecto contrario al pretendido.

Por otro lado, ante los partidarios de talar las tierras indígenas y quemar sus casas para que el hambre le obligara a pedir la paz, Vargas Machuca manifiesta lo ineficaz de tal medida. Las tierras de los araucanos estaban situadas en parajes a los que era casi imposible que llegaran los españoles, y si algún grupo vivía en lugares de mejor acceso, cuando sospechaban algún ataque inmediatamente se trasladaban, ya que eran prácticamente nómadas. Además, la tala de los campos a quien originaba perjuicio era a los españoles, pues si se les terminaban los alimentos y habían quemado las plantaciones indígenas, no tenían donde acudir a aprovisionarse y se veían en la necesidad de retornar al punto de origen. En realidad, aunque en este caso se esté refiriendo concretamente al territorio araucano, Vargas Machuca fue siempre contrario a la práctica de la tala, como lo refiere en varios lugares de la *Milicia*¹⁵. Al mismo tiempo, expone también su opinión contraria a la de aquellos que defendían la solución de apresar indígenas y obligarlos a trabajar entre los españoles para que, de esta forma, contribuyeran, a los gastos de la guerra y se mermaran las fuerzas de los naturales. Y manifiesta su posición opuesta a ello porque en ningún caso se obtendría el fin pretendido, ya que los araucanos obligarían a los indios de paz a integrarse en sus ejércitos y cubrirían, así, el puesto de los cautivos, y, además, inmediatamente intentarían ir en su rescate y asolarían los territorios españoles. Por otra parte, era sumamente peligroso tener tal cantidad de indígenas en los campamentos porque ello significaba que todos eran espías que, si conseguían escapar, difundirían la posición y los planes de los españoles.

Una vez establecidas estas consideraciones, Vargas Machuca pasa a plantear su plan para terminar con la guerra del Arauco, y, desde el principio, se nos muestra partidario de la utilización de métodos drásticos en la guerra contra los indígenas, que constituye una de sus peculiaridades

¹⁵ VARGAS MACHUCA, Bernardo de: [12] Entre otros. T. II. Pág. 32.

¹⁶ En la obra que mejor se comprueba esta aseveración es en la titulada *Apologías y Discursos de las Conquistas Occidentales*. Biblioteca del Palacio Real Mss 2.965.

más acusadas —derivada de su experiencia en la lucha contra algunos de los aborígenes más hostiles de América— y queda patente en sus obras¹⁶. Lo cual, en este caso, tiene aún mayor justificación, dadas las características de los araucanos y la resistencia que habían ejercido durante tan prolongado periodo de tiempo, de forma que, como él mismo dice, «...como a llaga tan vieja y afistolada es conveniente aplicalle un fuerte caustico que arranque la raíz cancerada, acudiendo después con unguentos blandos y suaves...». Así, era preciso organizar una milicia preparada para el ataque definitivo, que basara su labor fundamentalmente en el trabajo —«cosa que hasta aquí se ha huido siempre del»— y en la continua vigilancia.

Para la meta que se proponía, consideraba que únicamente serían necesarios 400 soldados de infantería, con los cuales organizaría las estrategias necesarias para terminar con los indios. De estos soldados, 200 serían reclutados en España y los otros 200 en Indias, y se procuraría que fueran los más experimentados —«baquianos»— posible. En cuanto a las armas con que se les debía dotar, 200 serían arcabuceros y 200 lanceros, y todos ellos llevarían adargas pequeñas, espadas y, escondido entre la ropa, un «cuchillo carnicero», cuyo uso consideraba fundamental «porque si alguna vez vinieren a cerrar a las manos es la mejor arma de todas y más presta para librarse de cualquier aprieto en que se puedan acertar a hallar, porque las dagas son dañosas».

Un aspecto en el que Vargas Machuca hace continuamente hincapié al exponer las características de la guerra y su plan para tratar de finalizarla, es, como ya se ha dicho más arriba, el gran perjuicio que había ocasionado en ella el uso de la caballería, tanto por las razones expuestas como por otras que va salpicando a lo largo del documento, como, por ejemplo, que el español a caballo nunca podía llegar a los terrenos escabrosos donde llegaba el indio a pié, de forma que era imposible la persecución; o, si los españoles decidían continuar a pié para llegar a los territorios indígenas, se veían obligados a dividir sus fuerzas, porque algunos soldados se tenían que quedar vigilando los caballos, lo cual mermaba la operatividad. Además, los preparativos del ataque con caballos eran lentos y mientras los españoles los realizaban se podían ver sorprendidos por las acometidas indígenas. Por todo ello, Vargas Machuca consideraba que el secreto para conseguir vencer a los araucanos era la utilización únicamente de infantería, que se movía más fácilmente y llegaba a cualquier zona por recóndita que fuera. Razón por la cual solicitó solamente 400 infantes armados para llevar a cabo su plan.

La responsabilidad de la empresa, tal y como la había planeado Var-

gas Machuca, lógicamente recaía en el capitán que dirigiría a los hombres, en cuya persona se debían reunir unas virtudes sin las cuales no se obtendría el fin pretendido. La exposición de estas características no puede extrañarnos teniendo en cuenta el objetivo que el autor aspiraba a conseguir con este documento, como era el reconocimiento de los méritos que él tenía y convencer al Consejo de Indias para que se le diera el mando de los hombres que iban a ir a pacificar Chile. Así, la condición primordial que debía tener el caudillo en esta ocasión era experiencia en la milicia de Indias, lo que, desde luego, Vargas Machuca podía demostrar que poseía, ya que no en vano su estancia allí le había permitido escribir un tratado sobre el tema. Al mismo tiempo, era indispensable el espíritu de trabajo, puesto que la campaña presentaba serias dificultades, la perseverancia y, sobre todo, el convencimiento del capitán de que estaba obligado a ir a la vanguardia de sus hombres dirigiendo todas las operaciones personalmente y trabajando con ellos en la construcción de los fuertes, puentes, etc. , porque, de otra forma, sería imposible hacer que los soldados realizaran tan duros trabajos y además pelearan contra los indios.

Enlazando con el aspecto anterior, está otro al que Vargas Machuca concede especial importancia porque es el que haría que el caudillo se entregara a la tarea encomendada, como era la conveniencia de que la persona designada para ello no poseyera bienes de ningún tipo, sino que esperara conseguirlos demostrando sus aptitudes en estas empresas y haciéndose merecedor de las mercedes que la Corona le quisiera conceder «...porque el descanso que le ofrece al tenerla [la riqueza] no le deja ejecutar el trabajo y así lo fía de segunda persona y en guerra que S. M. hace el gasto, como en esta, es de muy poca consideración que sea rico el gobernador, antes es bueno que lo espere ser de las victorias que consiguieren...» Si tenemos en cuenta que cuando Vargas Machuca escribió este documento se encontraba en España de vuelta del Nuevo Reino para solicitar mercedes y algún cargo que le permitiera adquirir cierta fortuna —de la que carecía en absoluto—, no puede extrañarnos que, puesto que él aspiraba a que se le concediera el mando de la tropa de Chile, resaltara la necesidad de que su caudillo no fuera poseedor de bienes de cualquier calidad.

Una de las bases del éxito de la empresa, según el esquema planteado por Vargas Machuca, consistía en que el capitán no dispersara nunca las fuerzas, sino que, muy al contrario, mantuviera unidos a los soldados y atacara con todos al mismo tiempo, puesto que estaba convencido de que «en desbaratar una vez bien a los indios consistirá la mayor parte de la guerra...» Sin duda, pretendía aplicar aquí la misma táctica que, sin mucho



Guerrero indígena de Chile. Ilustración de la crónica de fray Diego de Ocaña. Biblioteca de la Universidad de Oviedo.

éxito, había puesto en ejecución en los ataques contra los belicosos indios del Magdalena, los pijao, convencido de que en esta ocasión daría resultado: ataques frontales incitando a los indígenas a que fueran ellos quienes presentaran la batalla, porque el indio, según nos dice en este documento y lo repetirá posteriormente en la obra *Apologías y Discursos de las Indias Occidentales*¹⁷ «es de la calidad del caimán, que persigue a los que le huyen y huye de los que le acometen con atrevimiento...».

En la misma línea de resaltar lo importante que era que no se dispersaran las fuerzas, hay que situar su oposición a que se construyera más de un fuerte en la zona, como se había propuesto anteriormente por algunos capitanes. Así, Vargas Machuca era partidario de levantar una sóla fortificación suficiente para sus 400 soldados y una docena de caballos por si era necesario utilizarlos en caso de urgencia, aunque la campaña, como se ha dicho, se realizaría íntegramente a pie. En el fuerte tendrían los soldados todo lo necesario: agua, alimentos —y en este sentido especifica que si se les terminaran los que llevaron de su punto de origen podían ir a solicitarlos a los indios, de donde se deriva la importancia de no talar sus tierras—, municiones, armas, etc., y desde él saldrían cuadrillas de 100 hombres a recorrer la tierra, localizar los asentamientos del enemigo e infligirle el mayor daño posible por medio de estratagemas. En compensación a los peligros de la guerra y a los esfuerzos de los soldados, y como método para garantizar el alistamiento, el autor del documento propone que el premio para estos hombres fuera la concesión de encomiendas en Chile pero fuera del territorio araucano, en el área que ya estaba pacificada.

Aparte de la táctica militar, Vargas Machuca plantea también la forma de tratar a los indígenas que se apresaran en el combate, para frenar la difusión del espíritu guerrero entre los araucanos. Así, nos expone claramente su convencimiento de que los indios ancianos eran los que alentaban la guerra en Chile y, por lo tanto, merecían la muerte, que era el castigo que se les debía dar, porque si se les aplicaban otros castigos corporales pero se les dejaba vivir, cuando retornaran a sus campamentos «es enviar un fuego de alquitrán contra nosotros propios», ya que empujarían a los guerreros a atacar con mayor insistencia a los españoles. Por el contrario, si los cautivos eran mujeres o jóvenes, lo conveniente era sacarlos de Chile cuanto antes y llevarlos en pequeños grupos a poblados cercanos a la ciudad de los Reyes, donde trabajarían para los españoles bajo la vigilancia de los caciques.

¹⁷ Ibidem. *Discurso y Apología Quinta*, descargo y satisfacción que se pretende en las conquistas del Nuevo Reino de Granada.

A pesar de que estamos ante la visión militar de un problema que parecía que únicamente tenía una solución castrense, en este extenso documento Vargas Machuca nos muestra también sus dotes de humanista, como en el resto de sus obras. Así, todas sus afirmaciones aparece corroboradas por opiniones de autores clásicos y de los Padres de la Iglesia, lo que denota la preparación intelectual de este personaje. Pero, por encima de todo, Vargas Machuca es un militar que había obtenido una enorme experiencia en los campos de batalla de las Indias y, en este momento, pone esa experiencia al servicio de las autoridades españolas para que fuera utilizada en un escenario nuevo.

En indudable que sus méritos en las campañas neogranadinas eran conocidos por los miembros del Consejo de Indias, lo cual unido seguramente a la lectura del documento que hemos analizado, llevó a esta institución a integrarlo en la lista de personas propuestas para llevar la gente a Chile en 1599¹⁸. Sin embargo, su nombre no figura entre los seleccionados, por lo que se vio obligado a continuar solicitando mercedes hasta que, finalmente, se le concedió la alcaldía mayor de Portobelo y la comisaría de sus fortificaciones.

Así, la propuesta de Vargas Machuca para la pacificación de Chile, quedó como un mero proyecto que, aunque se hubiera llevado a cabo, seguramente no hubiera conseguido el objetivo pretendido, porque las características de la guerra del Arauco requerían otro tipo de estrategia, como se demostró más adelante. Con todo, el memorial supone una valiosa aportación para el conocimiento de este conflicto y, por supuesto, del personaje que lo redactó.

¹⁸ HEREDIA, Antonia: [7] T. II. Consulta, 3.980.